

CUENTO N°26

TÍTULO: TREN AL OLVIDO

SEUDÓNIMO: NIEBLA

AUTOR: ORIANA PATRICIA CHÁVEZ CASAREJOS

Tren al olvido.

El tren avanza a gran velocidad esta noche de febrero. Afuera cae la nieve mientras yo siento que me congelo de frío. Sin embargo, hay calefacción en mi compartimento.

El tramo Berlín-Bruselas dura doce horas, setecientos veinte largos minutos que tendrían que ser suficientes para adormecer mi desconsuelo, aunque fuese un poco. En la capital belga cogeré el avión que me llevará a otra capital del mundo, desde dónde nunca debí emprender vuelo.

Me encuentro en este tren porque voy huyendo. Tras un hombre llegué a Berlín, enamorada y decidida a continuar mi vida santiaguina junto a la suya, berlinesa. Dejé todo en mi país, hice la pérdida propia de los amores difíciles, como suele suceder en estos casos. Me embarqué en una historia que prometía mucho, al más puro estilo novelita Corín Tellado. Hoy, de ese hombre tras el que vine voy arrancando en este tren nocturno. Una vez en Bruselas y en plena Avenue Louise, quisiera dejar este fardo de penas que me acompañan y pesan tanto. La lluvia, siempre presente en la ciudad, se encargaría de arrastrarlas hasta cualquier alcantarilla oscura para terminar después ahogadas en el mar.

Recuerdo la noche en que llegué a Berlín, arriba de un tren similar a este en el que arranco ahora. Me sentía linda, dichosa, encantada de la vida. Mi flamante enamorado, chileno igual que yo, estaba allí, esperando en el andén. Nos dirigimos a su casa, nuestro hogar a partir de entonces. Mientras él manejaba

por las avenidas berlinesas, yo le acariciaba una pierna; de vuelta recibía un te quiero y la vida estaba de fiesta. Olía el futuro por delante y era feliz. Cruzamos barrios, puentes y bosques hasta llegar a nuestro destino. Por el camino divisé una alambrada de enormes proporciones, coronada por cables de alta tensión que formaban parte del muro maquiavélico que cercaba la urbe. Entonces mi impresión fue brutal, quedé perpleja y olvidé el amor. Más allá, el alambrado se transformaba en un muro real y luego edificios viejos y abandonados cumplían la misma función. Cada cierto tramo, letreros oxidados advertían la prohibición de acercarse al muro.

Pisé suelo alemán con enorme ilusión: iba a comenzar mi vida de pareja en Berlín. Sin embargo, el destino quiso estropearlo todo y el hechizo se rompió, a poco andar. Nunca estuve preparada para asumir la sorpresa que me esperaba: el desembarco de otra mujer en nuestra casa berlinesa, a un mes de haber llegado yo, fue un golpe mortal insospechado. Cuando la vi entrar con bultos y maletas a tomar posesión del territorio que le pertenecía, instintos asesinos quisieron gobernarme. Él, transformado en un pérfido desconocido pidió comprensión: la vida a la chilena la tendría conmigo, con hijos nuestros, en una linda casita con jardín, tapizada de nieve en el invierno. La vida a la europea, la soñaba con ella, alemana de nacimiento y divorciada de la idea de traer hijos al mundo. ¿Qué pasó? ¿qué parte del mensaje había yo entendido mal? Nadie nunca me propuso esta locura, ni yo la intuí siquiera. ¿Qué mente macabra me enamoró y luego me invitó tan lejos para despedazarme? Algo estaba claro: por culpa de mi corazón loco, yo no había consultado mi brújula imantada antes de salir volando y cruzar el mar. Ahora no contaba con mi Cordillera de Los Andes y el norte se confundía con el sur en un Berlín a medio congelar.

El tren sigue su recorrido y yo, sumida en estos recuerdos, casi no me he enterado que una mujer de unos cuarenta años lleva un buen rato instalada en mi compartimento. Es una lástima, pienso, ¡estaba tan bien sola! Esta noche no hubiese querido compartir mi espacio con otro ser humano. A través de la ventana veo luces a lo lejos, mientras la pena, calladita, se cuele por mis ojos y mi nariz ya no puede respirar. Urge sonarme y busco en los bolsillos de mi abrigo un pañuelo, pero claro, ya los he gastado todos. Entonces, la mujer deja la revista que tiene entre sus manos, se dirige a mí en inglés (de lejos se ve que no soy germana) y me alcanza un paquetito de pañuelos desechables. Me sueno y le explico en mi inglés básico que no hablo su idioma y que estoy muy agradecida por sus pañuelos salvadores. Me sonrío y solo en ese momento la observo mejor: es una mujer alta y maciza, sin llegar a ser gorda, de pelo castaño y ojos azules. Sus manos, que han vuelto a tomar la revista, se ven muy bien cuidadas. En uno de sus dedos resalta un anillo, que a simple vista impresiona. Viste pantalones y botas de cuero hasta las rodillas.

De pronto, el tren reduce la velocidad hasta detenerse por completo. Miro hacia fuera y veo que hemos llegado a una estación de pueblo, muy antigua y solitaria a esa hora de la noche. Estamos en plena Alemania del Este. El silencio se apodera del tren. Las únicas personas que logro percibir a través de los vidrios empañados, son policías y perros que me parecen enormes. Entonces, escucho un abrir y cerrar de puertas junto a voces masculinas que

hablan demasiado fuerte. No entiendo que pasa. Me siento inquieta y desconcertada, lo que seguro se trasluce en mi expresión. Los perros suben a los vagones husmeando todo, mientras los policías revisan el tren, en busca de potenciales desertores camuflados en su interior. Algunos solicitan pasaportes, al azar. El mío no les hace falta.

El cansancio se apodera de mis parpados que pesan mucho por haber llorado tanto. Cierro los ojos. Mi cuerpo se queja, resentido y tenso. Me parece que ha pasado un año desde que salí de mi país, lista para hacer frente al gélido clima alemán y al endemoniado idioma de este país, que ahora voy abandonando.

El tren sigue su marcha y la mujer frente a mí se mantiene hojeando su revista. La noche alemana se ha hecho más y más oscura, ya no distingo nada desde la ventana hacia fuera. Me hace falta un cigarro, me digo, y junto con pensarlo saco la cajetilla y le ofrezco uno a la señora de la revista. Me agradece el gesto, pero ella no fuma. Pregunta mi nombre. El suyo es Erika, diseñadora de una importante casa de modas en Berlín. Eso explica las maravillosas botas y el anillo, me digo. Después, salgo al pasillo, sembrado de fumadores como yo. Algún día dejaré este vicio, pienso, mientras aspiro profundo.

Vuelvo al compartimento. Erika mira por la ventana. La locomotora silba cada tanto. El sonido que emite es grato y me relaja. Nos hemos quedado en silencio. Erika percibe mi cansancio y me aconseja dormir. El sueño se encarga de ahogar las penas, agrega. Me asombra la dulzura con que esta mujer desconocida me habla, y en un acto espontáneo me acerco y acaricio

una de sus largas manos. Ella sonríe y despu es nos sumergimos otra vez en el silencio, hasta que caigo rendida.

Me despierto por la mañana, sobresaltada y perdida en el tiempo y el espacio. Miro hacia fuera y veo pasar letreros en franc es. Ya estoy en suelo belga. Alemania qued o atr as; Berlín, m as lejos que nunca, pero no así los recuerdos, que viajan conmigo bajo mi piel, que llevo tatuados en la mirada y me pasarán la cuenta por un buen tiempo. Entonces pienso en mi abuela y su máxima en temas del corazón: “los príncipes muy azules siempre terminan transformados en horribles sapos”.

Me encuentro sola en el compartimento. Erika tiene que estar en el baño retocando su maquillaje trasnochado, pienso. Sin embargo, el tren sigue su carrera y no hay rastro de ella. Nunca más la veo.

Llegada a destino en pleno centro de Bruselas, junto mis bultos y entonces descubro la revista de la señora bajo mi sempiterna mochila. La cojo y al hacerlo, cae a mis pies una hoja pequeñita. Entonces leo: “No olvide nunca que uno siempre puede más de lo que cree. Buena suerte y hasta la vista, quizás algún día en Berlín”. Descubro que mi inglés no es tan básico y nuevamente necesito un pañuelo.

Camino por el andén, cruzo la estación y entro al túnel del metro. Llevo a cuestas mi maleta, mi mochila y la revista de Erika bajo el brazo; en el bolsillo de mi parka la cajetilla de cigarros comparte espacio con su mensaje. Respiro hondo.

Al salir a la calle, el sol, tan arisco en estas tierras, está de paso y su calorcito tibio parece querer blindar mi corazón.